

# *Masculino/femenino: leer el cuerpo.*

**Elena Hernández Sandoica**

Universidad Complutense de Madrid

Fecha de aceptación definitiva: 16 de octubre de 2015

**Resumen:** El artículo se propone servir de introducción a los estudios reunidos en este dossier y ofrece un recorrido por los orígenes y posibilidades de la historia del cuerpo, contemplado desde el sexo y el género. Orientaciones diversas confluyen, desde la historia de la medicina a la historia de la vida cotidiana, en un amplio conjunto de enfoques teóricos y metodologías en los que las corrientes feministas y las inspiraciones que parten de Foucault resultan decisivas.

*Palabras clave:* Feminismos, historia del cuerpo, semiótica, sexo, género.

**Abstract:** This article aims to introduce the studies collected in this dossier and reviews the origins of body's history and some issues from the perspective of sex and gender. There are several approaches that converge from the history of medicine to everyday life, in a wide range of theoretical and methodological achievements in which are decisive the feminist theories and Foucault's influence.

*Key words:* Feminism(s), body's history, semiotics, sex, gender.

Resulta imposible introducir una serie de estudios sobre la semiótica del cuerpo prescindiendo de Foucault. Su obra, y el impacto de ésta en las ciencias sociales, son el punto de arranque de buena parte del vocabulario que empleamos, así como de la importante batería de estudios que abordan las relaciones históricas atravesadas por las categorías de *norma*, *transgresión* o *sanción* jurídica y social<sup>1</sup>. Con ellas podríamos explorar ahora las formas sociales por las que el cuerpo humano se convierte en un texto, un *libro que se puede leer*, como hace la historia de los castigos corporales y sus grados de crueldad; podríamos ver cómo una sociedad dada acomoda tanto los usos como las lecturas del cuerpo a reglas diversas de sumisión y obediencia; o cómo el cuerpo torturado es moneda de cambio, contrapunto simbólico, en ceremonias sociales de intercambio<sup>2</sup>. Acuñando conceptos como *biopoder*, *dispositivo de sexualidad* o *anatomía política del cuerpo*, Michel Foucault orientó el foco científico-social hacia el cuerpo, en un impulso decisivo a la reparación del eclipse teórico que, al menos desde Descartes, mantenía al cuerpo humano invisible, escondido en la sombra, en el pensamiento occidental.

Pero el cuerpo es *el portador esencial de la vida*, como recuerda L. Goldstein<sup>3</sup>, y el éxito alcanzado por Foucault se alimentó seguramente de un sustrato previo o contemporáneo a su propia obra, que hizo aflorar orientaciones nuevas en la filosofía, en la que habría mucho de negación de la sistemática hegeliana y se rehabilitaría a Nietzsche, Kierkegaard o Schopenhauer, reapareciendo también Walter Benjamin<sup>4</sup>. Se visibilizaron asimismo obras originales en la sociología (Michel De Certeau y Norbert Elias) y cogió fuerza en el cruce de disciplinas la antropología (precisamente Marcel Mauss, Margaret Mead y Mary Douglas centrarían sus obras en el cuerpo)<sup>5</sup>. Se abriría así un cauce por el que transitaron Erving Goffman, con sus enfoques microsociológicos e interaccionales<sup>6</sup>, y Pierre

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte del proyecto HAR 2014-53699-R, *La voz de las mujeres en la esfera pública (siglos XVII-XX)* y complementa mi artículo HERNÁNDEZ SANDIOCA, E.: "El sujeto mujer: construcción cultural y reto historiográfico", en VV.AA. *Desde la Historia. Homenaje a los profesores Octavio Ruiz-Manjón y Juan Pablo Fusí*, Madrid, UCM, 2016, pp. 161-170.

<sup>2</sup> Por ejemplo, GARCÉS, C. A.: *El cuerpo como texto. La problemática del castigo corporal en el siglo XVIII*, San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy, 1999, pp. 203 y ss.

<sup>3</sup> GOLDSTEIN, L. (ed.): *The Female Body: Figures, Styles, Speculations*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1990.

<sup>4</sup> Para lo que aquí afecta, WEIGEL, S.: *Body- and Image- Space. Re-reading Walter Benjamin*, Nueva York/Londres, Routledge, 1996 [es traducción del original alemán]. Versión en castellano en Buenos Aires, Paidós, 1999.

<sup>5</sup> El cuerpo, en el centro de un sistema clasificatorio que se opone al desorden social y sus riesgos (incertidumbre y contradicción), es un tema central en su visión antropológica, recuerda TURNER, B. S.: *The Body and Society: Explorations in Social Theory*, Basil Blackwell, 1984 [3ª edición en SAGE, 2008. Hay traducción de la primera edición al castellano en México, FCE, 1989].

<sup>6</sup> GOFFMAN, E.: "The Arrangement between the Sexes", *Theory and Society*, 4/3, (1977), pp. 301-331.

Bourdieu<sup>7</sup>, quien considera que no hay lucha contra la opresión que no pase por devolverle protagonismo al cuerpo.

Hoy el cuerpo lo es todo. Lo mismo que sucede en la novela, el periodismo o las redes sociales, la importancia del cuerpo en nuestros comportamientos es destacada en las ciencias humanas y sociales<sup>8</sup> y en la filosofía, empleando estrategias de tipo relacional, constructivista y contextual. *Hablar* del cuerpo, representar el cuerpo, mirar el cuerpo para descifrar su(s) lenguaje(s), supone *pensar* en asuntos decisivos: el conocimiento y el poder, la libertad y la autoestima, o el peso de los condicionamientos sociales en nuestra existencia. Pero también, y sobre todo, conlleva enfrentarse a las diferencias de sexo y de género. Desde la escritura de la historia y sus perspectivas culturales leemos las variantes de todos esos aspectos en el *continuum* de la temporalidad y en cada contexto relativo<sup>9</sup>.

Un cambio teórico (hay quien lo llama *giro corporal*), que invierte la tendencia a obviar el cuerpo del pensamiento occidental, el cual había eliminado durante siglos de sus teorías la corporeidad eludiendo su imposición material; un viraje que conlleva un decisivo componente de teoría feminista. De acuerdo con Foucault (*Vigilar y castigar*), una parte del feminismo articuló la idea de que las mujeres somos esclavas del mantenimiento del cuerpo en unas condiciones constantes de presión hacia la autosuperación (*poder disciplinario*), siendo sus consecuencias sobre los comportamientos inmediatas, dañinas y humillantes: el cuerpo femenino, en razón de su constante exposición a la mirada de los demás, de su permanente “visibilidad” -en el sentido que da al término Susan Bordo<sup>10</sup>-, expuesto por principio a la *mirada masculina* (“the male gaze”, en expresión que popularizó Laura Mulvey, analizando el placer visual que potencia el cine

<sup>7</sup> BOURDIEU, P.: *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000. Compara la idea en la jurista feminista Iris M. Young y Bourdieu ACOSTA, L.: “En torno a género y cuerpo vivido. Las visiones de Pierre Bourdieu e Iris Marion Young”, *Enrahonar. Quaderns de Filosofia* 51, (2013), pp. 95-110. DE YOUNG véase “Throwing like a girl. A phenomenology of feminine body compoment, motility, and spatiality”, *Human Studies* 3/2, (abril 1980), pp. 137-156, un clásico de los estudios sobre comportamiento y género, reeditado en varias ocasiones y también recogido en YOUNG, I.: *On Female Body Experience. “Throwing Like a Girl” and Other Essays*, Nueva York, Oxford University Press, 2005, pp. 27-45.

<sup>8</sup> TURNER, B. S.: “Los avances recientes en la teoría del cuerpo”, *REIS* 68, (1994), pp. 11-34; PLANELLA, J.: “Corpografías: dar la palabra al cuerpo”, *Artnodes. Revista de interacciones entre artes, ciencias y tecnologías*, 6 (2006), [www.uoc.edu/artnodes](http://www.uoc.edu/artnodes)

<sup>9</sup> Pionera en España VARELA, J.: *Nacimiento de la mujer burguesa. El cambiante desequilibrio de poder entre los sexos*, Madrid, La Piqueta, 1997 (2ª). La autora elabora el concepto propio de “dispositivo de feminidad”. También VARELA, J. y ÁLVAREZ-URÍA, F.: *Sujetos frágiles. Ensayos de Sociología de la desviación*, México, FCE, 1989.

<sup>10</sup> BORDO, S.: *Unbearable Weight. Feminism, Western Culture, and the Body*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press, 1993. La autora alcanzó un éxito inmediato con este estudio sobre la delgadez extrema (“El hambre como ideología” es uno de sus capítulos). En 2003 veía la luz la 10ª edición.

hollywoodense)<sup>11</sup>, se verá situado en el vértice del control social, constituyendo el *lugar* principal del biopoder en la sociedad actual. Y es que no somos, dice Bordo, “lo suficientemente sofisticados como para comprender que las imágenes corporales de la publicidad *no son reales*”. Porque el cuerpo es, como defienden también J. Butler o R. Weitz<sup>12</sup>, una *construcción social y cultural* (histórica, variable), el resultado de un “valor producido por un entorno cultural y físico”, que en la sociedad capitalista hace que se presente como *mercancía*<sup>13</sup>. A través de su fuerte capacidad de impacto emocional, es actualmente la fuerza apabullante de la publicidad la que rige nuestros patrones ideales, orientando hacia el consumo comercial la asimilación voraz de imágenes irreales que forman la semiosis corporal.

Antes de que esta idea se impusiera como axioma discursivo, se habían abierto ya posibilidades para la lectura del cuerpo femenino, en el momento en que, en el seno del propio feminismo, aquel comenzó a valorarse como un *espacio propio*, ese *lugar* susceptible de emancipación del sometimiento sexual al varón y la reproducción ligada al sexo que encerraba el eslogan “mi cuerpo es mío, mi cuerpo me pertenece”. La radicalización teórica acompañó, a partir de los años sesenta del siglo XX, a una praxis revolucionaria que invertiría decisivamente el repliegue conservador al que había sido llevada la mujer tras la segunda guerra mundial. Solo entonces dio fruto la semilla encerrada en *El Segundo Sexo* (1949) de Simone de Beauvoir, pero el éxito estuvo asegurado y no afectó solamente al cuerpo de la mujer: “El cuerpo ha dejado de ser algo despreciable en tanto que ocasión de pecado”, escribía Lipovetsky más tarde, para ir a convertirse “en sujeto, sujeto cuya belleza, juventud y desnudez es preciso exhibir”<sup>14</sup>. También lo veía así Jean Starobinsky a finales de la década de 1980, en una obra colectiva sobre el cuerpo en perspectiva histórica: “No se habla más que del cuerpo, como si se lo redescubriera después de un largo olvido: la imagen del cuerpo, el lenguaje del cuerpo, la liberación del cuerpo...”<sup>15</sup>. Discursos sobre el cuerpo, por lo tanto, y prácticas referidas a él expresamente, en una identificación absoluta con la persona y la individuación. Contrasta fuertemente ese auge con la marginalización histórica del

<sup>11</sup> MULVEY, L.: *Visual and Others Pleasures*, Londres, Palgrave MacMillan, 2009 (1989); “Visual Pleasure and Narrative Cinema”, en L. Braudy y Marshall Cohen (eds.), *Film Theory and Criticism. Introductory Readings*, Nueva York, Oxford University Press, 1999, pp. 833-844.

<sup>12</sup> WEITZ, R. (ed.): *The Politics of Women's Bodies. Sexuality, Appearance, and Behavior*, Nueva York/Oxford, Oxford University Press, 2003 (2ª) [Hay una 4ª edición con KWAN, S. Oxford University Press, 2013].

<sup>13</sup> BERNÁRDEZ, A.: “Cuerpos imaginarios: ¿exhibición o encubrimiento de las mujeres en la publicidad?”, *Cuadernos de Información y Comunicación* 5, (2000), pp. 68-69.

<sup>14</sup> LIPOVETSKY, G.: “La revolución de la autonomía”, en J. Semprún *et alii*, *El sujeto europeo*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1990, p. 53.

<sup>15</sup> STAROBINSKY, J.: “Breve historia de la conciencia del cuerpo”, en R. Nadaff, N. Tazi y M. Feher (eds.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. II, Madrid, Taurus, 1990, p. 353.

cuerpo en la tradición filosófica que partió de los griegos (sobre todo el cuerpo de la mujer, que existió durante siglos como un *otro* marginal, oculto o corrompido). Precisamente porque el cuerpo sería *lo otro*, se lamentaba Michel De Certeau de que el conocimiento que proporciona la búsqueda de la representación corporal es siempre fragmentario: “Por todas partes buscábamos el cuerpo, y en ningún sitio lo encontrábamos. El análisis no revela sino fragmentos y acciones. Descubre cabezas, brazos, pies, etcétera, que se articulan en diferentes maneras de comer, saludar, cuidarse (...), elementos ordenados en series verticales, pero uno nunca llega a encontrar el cuerpo”<sup>16</sup>.

A pesar de esa dificultad, la historia del cuerpo se ha ido expandiendo a todos los aspectos relacionados con la acción humana, a sus conflictos y contradictorias manifestaciones, alentada por aquella mutación extraordinaria que ofrece nueva luz a interpretaciones que desbaratan la racionalidad ilustrada y vencen el puritanismo victoriano. Desde la historia de las mujeres se reclama insistentemente reparar en “las interpretaciones sobre el cuerpo, sus discursos, imágenes, experiencias”, como escribe M. Dolores Ramos, y ya no son pocos los autores y autoras que hacen historia de la masculinidad o la feminidad<sup>17</sup>. Un camino fructífero, para la historia de la España franquista, lo pusieron en marcha Giuliana Di Febo y Mary Vincent, en los años 80 y 90, y aquí hemos querido volver sobre sus hitos con tres trabajos, los de Aurora Morcillo, Mayka de Castro y Ana Simón.

Pero también se ha arrojado nueva luz sobre el cuerpo, en las humanidades, a partir de escritos e imágenes de la literatura médica y psicológica (el artículo de Beatriz Pichel que aquí incluimos es una muestra de ello), incorporando ocasionalmente los relatos de los propios enfermos o pacientes<sup>18</sup>. Igual que se atiende a la sátira y la caricatura (espacios preferidos para el estudio de la misoginia, pero también de la expresión facial), y no menos a fuentes tan variadas como son la novela romántica y la ficción popular, los escritos de viaje y relatos autobiográficos, la pornografía, el vestido, el deporte, la alimentación y la bebida, las emociones, la danza o los bailes, se trabajan textos académicos de varia entidad<sup>19</sup>. La relación del cuerpo con la política, en toda la extensión del concepto, aparecerá también

<sup>16</sup> DE CERTEAU, M.: “Lo ausente de la historia”, en *Historia y psicoanálisis*, México, UIA, 2002, p. 122.

<sup>17</sup> Reclamaba ese estudio RAMOS PALOMO, M. D.: “Historia de las mujeres y género. Una mirada desde la época contemporánea”, *Revista de Historiografía* 22, XII/1, 2015, p. 233; así ARESTI, N. y LLONA, M. (coords.): “Cuerpos, discursos, identidades”, dossier de *Arenal. Revista de Historia de las mujeres* 14/1, (2007), pp. 5-108, y ahí, de especial interés teórico, DÍAZ FREIRE, J. J.: “Cuerpo a cuerpo con el giro lingüístico”, pp. 31-57.

<sup>18</sup> FRANK, A. W.: *The Wounded Storyteller. Body, Illness, and Ethics*, Chicago, The University of Chicago Press, 1995 (2ª 2013).

<sup>19</sup> SAVIGLIANO, M.: *Tango and the Political Economy of Passion*, Boulder CO, Westview Press, 1995.

en la identificación del cuerpo de la mujer con la nación, pero igualmente en otra serie de representaciones de sexo y género<sup>20</sup>. No obstante, hay que recordar que fue la historiografía médica -un sector relevante en España, a partir de la inspiración que arrancó de Laín<sup>21</sup>-, el marco disciplinar en que la historia del cuerpo se consideró entre nosotros formalmente primero, siguiendo la evolución histórica de los conceptos *salud* y *enfermedad*.

La historia del cuerpo femenino es a su vez un importante aspecto de la historia de las mujeres, abordada desde parámetros antropológicos y culturales además de médicos y psicológicos, y vista en el marco del seguimiento histórico de una pujante medicalización (el control médico sobre el parto, desplazando a las comadronas: “El vientre femenino pasó a ser competencia de médicos masculinos, mientras que las abogadas feministas y las primeras médicas luchaban por hacer de él un asunto femenino”<sup>22</sup>), que enlazaría enseguida con la historia de la higiene y las prácticas íntimas o sociales, de cortesía y ejercicio de la sexualidad, un territorio que se dilata en impostaciones sociológicas y socioculturales, propias de historia de los comportamientos y las mentalidades<sup>23</sup>. El reparto de responsabilidades en aquella expropiación del cuerpo de la mujer por la ciencia<sup>24</sup>, considerándose como un hecho *político* la incontenible medicalización, afectaría también a la mujer sin exonerarla, según algunos enfoques feministas. El capítulo más influyente de estos estudios remite a su vez a Norbert Elias, y en su conformación francófona da lugar, entre otras, a la obra de Vigarello, Corbin y Courtine, cuya *Historia del cuerpo* (vol. III) recuerda cómo se han transformado en el siglo XX las miradas sobre el cuerpo, debido tanto a las tecnologías de visualización médica como al constante y poderoso impacto de las representaciones de la cultura visual,

<sup>20</sup> PARKER, A., ROUSSO, M., SOMMER, D. y YAEGER, P. (eds.): *Nationalisms and Sexualities*, Nueva York, Routledge, 1992; ARESTI, N.: “A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98”, en M. Nash (coord.), *Feminidades y masculinidades: arquetipos y prácticas de género*, Madrid, Alianza, 2014, pp. 47-74. Desbordando la noción clásica (*lo personal es político*), las interpretaciones más recientes tratan de eliminar las adherencias metafísicas en el concepto de subjetividad y la noción de sujeto: GONZÁLEZ-MARÍN, C.: “Lo personal es biopolítico”, en vv.AA., *Género y envejecimiento. XIX Jornadas Internacionales de Investigación Interdisciplinar*. Madrid, UAM. Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, 2013, pp.155 y ss.

<sup>21</sup> LAÍN ENTRALGO, P.: *El cuerpo humano. Teoría actual*, Madrid, Espasa, 1989 y con una potente inspiración en la filosofía de Zubiri, *Cuerpo y alma*. Madrid, Espasa, 1991.

<sup>22</sup> WIKANDER, U.: *De criada a empleada. Poder, sexo y división del trabajo (1789/1950)*, Madrid, Siglo XXI, 2016, p. 101. Una síntesis general en KNIBIELER, Y. y FOUQUET, C.: *La femme et les médecins. Analyse historique*, París, Hachette, 1983.

<sup>23</sup> PESET, J. L. (coord.): *Enfermedad y castigo*, Madrid, CSIC, 1984; ORTIZ, T.: *Medicina, historia y género. Cien años de investigación feminista*, Oviedo, KRK, 2006.

<sup>24</sup> Por ejemplo Catherine RIESSMAN, K.: “Women and Medicalization: A New Perspective”, *Social Policy*, (verano 1983), pp. 3-18, quien deposita en las propias mujeres una agencia decisiva, una acción contributiva a la medicalización de sus propios cuerpos y experiencias biológicas, y en consecuencia, a la construcción social de la enfermedad.

el cine, la fotografía, el vídeo. Al final, por encima de todo, flotaría la interrogación de si la biología es más determinante para una mujer que para un hombre en razón de su cuerpo. Pero lo cierto es que el doble binomio alma/cuerpo y naturaleza/cultura, al menos ha desdibujado su perfil.

La historiografía en general, lo mismo que la historia del arte, la literatura y el análisis cinematográfico<sup>25</sup>, van dando cuenta de forma progresivamente más compleja<sup>26</sup>, de los procesos que han conducido a una situación tan fluida y cambiante como la actual, resultado visible de la mecánica de individuación<sup>27</sup>. La toma de conciencia de esos procesos de encarnadura corporal de lo vivido, en mujeres que escriben o cuentan su experiencia, es objeto de estudio no solo en la crítica literaria sino también en la historiografía<sup>28</sup>. Incorporando al sujeto mujer activamente, la psicología, la filosofía y la estética contribuyen a extender la convicción de que la representación corporal tiene una influencia grande en la autoestima y autoaceptación del individuo, así como en su integración social. Desde el marco de la diferencia sexual, Carol Gilligan abrió, ya en los años 80 del siglo XX, todo un campo fructífero de interpretación para los comportamientos femeninos en las sociedades capitalistas<sup>29</sup>.

Recuerda Bryan S. Turner en *Cuerpo y sociedad* (prólogo a la edición mexicana) que había sido el cuerpo humano el que dotó de un lenguaje metafórico a la teología cristiana, y que fueron esas misma metáforas somáticas las que, después, dieran origen a la idea del cuerpo político, en tanto que la medicina, con sus nociones de salud y enfermedad, proporcionaba el encaje preciso a las teorías de la estabilidad individual y la armonía social. Existe una importante literatura médi-

<sup>25</sup> Hay gran interés por la filmografía de Jane Campion, cineasta especialmente interesada en el lenguaje corporal y las expresiones faciales en las relaciones entre mujeres, no solo (pero sí intensamente) entre las relaciones madre-hija (DOMENICI, V. y BUONAURO, A.: *All women want love. Il desiderio femminile e la decostruzione del romance nel cinema di Jane Campion*. Roma, Armando editore, 2015). Más general, SJOGREN, B. H.: *Into the Vortex: Female Voices and Paradox in Film*, Chicago, University of Illinois Press, 2006.

<sup>26</sup> Por ejemplo BRENNAN, M.: *Painting Gender, Constructing Theory. The Alfred Stieglitz Circle and American Formalist Aesthetics*, Boston, MIT, 2010. Destacan los análisis sobre partes del cuerpo e identidad dialógica que aplica la autora a las fotografías de Georgia O'Keeffe que hizo Stieglitz (82 sigs.).

<sup>27</sup> GIDDENS, A.: *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra, 1998 (2ª). Más recientemente, se presta atención a nuevos fenómenos y prácticas de consumo del ocio: SHAW, A.: *Gaming at the Edge. Sexuality and Gender at the Margins of Gamer Culture*, Minneapolis, The University of Minnesota Press, 2014.

<sup>28</sup> He ensayado esa perspectiva en la escritora española Rosario de Acuña, en *Política y escritura de mujeres*, Madrid, Abada, 2012 y *Espacio público y espacio privado. Miradas desde el sexo y el género*, Madrid, Abada, en prensa. Con una perspectiva más global, sobre la misma autora, véase el reciente libro de ARKINSTALL, C.: *Spanish Female Writers and the Freethinking Press, 1876-1926*, Toronto, Búfalo, Londres, University of Toronto Press, 2014. Entre la muy abundante bibliografía, KAMINSKY, A. K.: *Reading the Body Politic: Feminist Criticism and Latin American Women Writers*, University of Minnesota Press, 1992.

<sup>29</sup> GILLIGAN, C.: *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge Mass., Harvard University Press, 1982. (Una tercera edición acaba de aparecer en julio de 2016).

ca y de teología moral, imbricadas, que habla elocuentemente de la corporeidad y sus usos políticos<sup>30</sup>, como existe también una literatura medieval castellana escrita por mujeres, cuyas prolijas descripciones del cuerpo de la mujer no obedecen sin embargo al deseo de transmitir sus experiencias corporales, sino al de poder ocuparse, ellas también, de asuntos teológicos reservados a los hombres (De ahí su insistencia en contener el deseo femenino, “que debe ser corregido y castigado, pero también visto y explorado”; y por eso sus sorprendentes descripciones físicas, destinadas a “dominar y controlar” la potencia corporal de la mujer, “tan peligrosa siempre y tan vinculada a situaciones de transgresión”)<sup>31</sup>.

No debe extrañar, pues, que la construcción cultural del cuerpo de la mujer haya devenido tantas veces (y debemos a Freud que lo desvelara), en fuente de malestar y autocastigo. Entre otras cosas, con la separación occidental entre cuerpo y “espíritu”, al final de la era victoriana y entre las clases medias, comenzaría la mujer a rechazar el alimento para buscar un cuerpo estimado *ideal*<sup>32</sup>. Susan Bordo, que cité más arriba, llevará con acierto hacia la anorexia nerviosa su indagación crítica de un mal extendido y común, atravesado en principio por el género. Es evidente que los cánones de belleza y equilibrio corporal han ido variando sensiblemente según épocas y culturas, según razas o etnias, identidades y clases o estatus social, lo mismo que varían los mecanismos de presión sobre la mujer para forzar la apariencia deseada. Las dictaduras, autoritarismos y totalitarismos (políticos o religiosos) imponen reglas y prohibiciones muy estrictas acerca del canon corporal, especialmente a la mujer. Pero también existe una exigencia que viene del reclamo capitalista y del mercado, de la tiranía de la moda y el espectáculo mediático, conformando esa especie de tirantez permanente que culmina en la tendencia contemporánea a la obsesión por el cultivo de la imagen y el cuerpo (no solo jóvenes, no solo mujeres). El cuerpo humano, como *elaboración subjetivo/objetiva*, se adapta a la definición social de lo que es (o *se cree* en cada momento que es) atrayente, fuente de placer<sup>33</sup>. No todo es crítica al sistema, sin embargo; pero siempre hay en los feminismos análisis perspicaces de la presión social que moldea nuestra naturaleza corporal: desde perspectivas socioculturales, psicoantropológicas y feministas, Rose Weitz escribió páginas sugerentes sobre cómo la forma y estilo del peinado femenino

<sup>30</sup> Véase por ejemplo, RUIZ SOMAVILLA, M. J.: “*El cuerpo limpio*”. *Análisis de las prácticas higiénicas en la España del mundo moderno*, Málaga, Universidad de Málaga, 1993.

<sup>31</sup> GÓMEZ REDONDO, F.: “El cuerpo de la mujer en la literatura medieval castellana: deseo y oculación, conocimiento y transformación”, en M. Jesús Zamora Calvo (ed.), *La mujer ante el espejo: Estudios corporales*, Madrid, Abada, 2013, p. 63.

<sup>32</sup> TUBERT, S.: *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 223-232.

<sup>33</sup> PRIULLA, G.: *C'è differenza. Identità di genere e linguaggi: storie, corpi, immagine e parole*, Milán, Franco Angeli, 2013, p. 198.

revelan descarnadamente a *los otros* nuestra, supuesta o indiferentemente oculta, identidad<sup>34</sup>.

La identidad de la mujer se construye cultural y psicológicamente bajo la mirada masculina. Alguien tan avezado en los “modos de ver” como es John Berger, ha reparado más de una vez en esa condición vicaria del *ser miradas* que las mujeres deben soportar. De la identificación entre *mujer y cuerpo* desde la antigüedad se ha escrito mucho, en efecto. Y de la literatura, el arte y la semiótica llegan a la historiografía estrategias para leer e interpretar lo femenino como estricto sinónimo de corporeidad: cánones de belleza y su apropiación, activa o pasiva, por las propias mujeres; transgresiones de esos mismos cánones; estrategias de seducción ideadas por el varón; mitologías y fantasías corporales<sup>35</sup>, hasta la cruel misoginia proyectada sobre el cuerpo real de la mujer... La variedad de fuentes históricas obliga a utilizar registros icónicos y literarios junto a los usuales documentos públicos y privados, de archivo, judiciales o cualquier otro tipo. La mujer, ya vestida o desnuda, aparecerá en ellos con frecuencia como *objeto sexual*. Al lado de la cruda exhibición de la desigualdad entre varón y mujer que refleja la sexualidad, aflora la potencialidad simbólica de las demás metáforas asociadas al cuerpo femenino: la casa sobre todo, entera o parcialmente, desde el tejado al sótano, “un tópico poético muy viejo y arraigado, pluricultural”<sup>36</sup>. El hombre habitaría la casa; la mujer su cuerpo, recoge el saber popular.

Cierto que la ecuación *mujer igual a cuerpo* tiene una fuerte connotación biológica, derivada de la capacidad reproductiva, de la fecundidad y otros fenómenos fisiológicos que han dado lugar a fuertes debates internos entre feministas, pero que hoy ya no suponen verdades absolutas para la ciencia<sup>37</sup>. Importa, junto a ello, destacar la insistencia del feminismo en negar la dominante *naturalización* del cuerpo masculino, enmarcando la discusión en la idea de que la masculinidad, como la propia feminidad, se construye también culturalmente, en parte por oposición (y por temor) a esa feminidad también elaborada, y acaso como modo de orillar la proyección homofóbica. La masculinidad no vendría así aneja a la fisio-

<sup>34</sup> WEITZ, R.: *Rapunzel's Daughters: What Women's Hair Tells Us About Women's Lives*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2004.

<sup>35</sup> Desde el marxismo, LEACOCK, E. B.: *Myths of Male Dominance*, Nueva York, Monthly Review, 1981 [hay reedición en 2008].

<sup>36</sup> PEDROSA, J. M.: “Casas, tejados, amores, canciones: Arquitecturas alegóricas del eros femenino”, en *La mujer ante el espejo...* p. 205.

<sup>37</sup> LEE, J.: “Menarche and the (Hetero)sexualization of the Female Body”, en R. Weitz (ed.), *The Politics of Women's Bodies...*, cit. en nota 12, pp. 82-99; GOLUB, S.: *Periods: From Menarche to Menopause*, Newbury Park, CA, Sage, 1992; LE NAOUR, J.-Y. y VALENTI, C.: “Du sang et des femmes. Histoire médicale de la menstruation à la Belle Époque”, *Festins des Femmes* 14, (2001), pp. 207-229; BARBRE, J. W.: “Meno-Boomers and Moral Guardians. An Exploration of the Cultural Construction of Menopause”, en J. C. Callahan (ed.), *Menopause: A Midlife Passage*, Bloomington, Indiana University Press, 1993, pp. 23-35.

logía, sino que se derivaría de un temprano y constante ejercicio de demostración y repetición, un aprendizaje<sup>38</sup>. Estudios etnográficos y antropológicos depositan en ese carácter *elaborado* desde la infancia y la adolescencia la consideración de que, ante todo, la masculinidad se basa socialmente en una afirmación identitaria *a contrario, en la elaboración de modelos de conducta* a la inversa de la feminidad<sup>39</sup>. Y enraizan esa construcción en marcos institucionales, ideológicos y políticos, como hace aquí Ana Simón Alegre refiriéndose al ejército español en el siglo XIX.

El cuerpo es no obstante, para el común de los seres humanos y en su auto-percepción, *la persona*, el receptáculo y encarnadura de la subjetividad, el núcleo del sujeto moderno, no suponiendo su desaparición el corolario posmoderno<sup>40</sup>: “No hay más que ver la importancia que los jóvenes dan a sus músculos”, había escrito Simone de Beauvoir, “para comprender que todo sujeto toma su cuerpo como su expresión objetiva”. Y como recordaba Alain Touraine, “la modernidad no solo implica secularización y racionalización, sino también liberación de la conciencia, de la libertad personal y del sujeto<sup>41</sup>”. El cuerpo es así el lugar en que reconocemos nuestra identidad por encima del género, la *humanidad*, expresada como aniquilamiento de la misma cuando la herida recibida es insostenible: “Mi cuerpo ya no es mi cuerpo”, escribió Primo Levi en referencia a su propia experiencia de deshumanización, como superviviente en los campos de concentración (Paula Martos explora aquí esta circunstancia extrema en uno de los campos nazis, Bergen-Belsen). Ejerciendo aquella invocada libertad, los feminismos han abierto posibilidades teóricas novedosas para abordar, entre otras cosas, los saberes y poderes de la vida cotidiana y su anclaje en el cuerpo.

El *sujeto mujer* se encuentra por lo tanto en el centro de toda una batería científicosocial y semiológica lista para explorar la experiencia corporal de las mujeres y las narraciones derivadas de ella, así como para desvelar la mecánica de la interacción social basada en la jerarquización de poderes en cuanto a sexo y género. Una mecánica compleja, que adopta formas y discusiones relevantes en el

<sup>38</sup> BELLASSAI, S.: *L'invenzione de la virilità. Politica e immaginario maschile nell'Italia contemporanea*, Roma, Carocci editore, 2011.

<sup>39</sup> Basándose en fuentes orales, Valeria Ribeiro (RIBEIRO, V.: “L'apprendimento della mascolinità tra uomini bianchi di classe medio-alta a Río de Janeiro”, en V. Ribeiro Corossacz y A. Gribaldo (a cura di), *La produzione del genere. Ricerche etnografiche sul femminile e sul maschile*, Verona, Ombre Corte, 2010, pp. 113-133) concluye que “la mascolinità va imparata e soprattutto va sempre dimostrata.” (cit. en 133). Véase también GILMORE, D. D.: *Hacerse hombre; concepciones culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós, 1994, y REESER, T. W.: *Masculinities in Theory: An Introduction*, Malden MA., Wiley-Blackwell, 2010.

<sup>40</sup> Véase el debate contenido en el artículo de DÍAZ FREIRE, J. J.: “Los tiempos de la modernidad. A propósito de Marshall Berman”, *Historiografías*, 11 (enero-junio 2016), pp. 17-32. También SETH, S.: “Modernity without Prometheus: On Re-Reading Marshall Berman's All That Is Solid Melts into the Air”, *Third World Quarterly*, 33/7 (2012), pp. 1377-1386.

<sup>41</sup> TOURAINE, A.: “¿Existe realmente una cultura europea?”, en J. Semprún *et al.*, *El sujeto*, p. 27.

seno de los propios feminismos (desde la reivindicación positiva de la maternidad como forma de reapropiación del cuerpo -entre otras teóricas Julia Kristeva-, a la radical oposición a la lógica patriarcal, en empeños como los de Luce Irigaray, Rossi Braidotti, Judith Butler, Gayle Rubin, Monique Wittig o Donna Haraway por ejemplo, con su concepto de “aparatos de producción corporal”)<sup>42</sup>. Había precedido a esa revolución en la filosofía -como ya indicamos- una explosión de militancia, acusadamente *política*, que en las décadas de 1960 y 1970 impulsaría la difusión de herramientas conceptuales como “patriarcado” y “género”, pronto reforzadas por la inyección foucaultiana sobre sexualidad y construcción del sujeto<sup>43</sup> así como por inspiraciones diversas, fenomenológicas y existenciales muchas de ellas, pero también historiográficas, como por ejemplo la elegantísima de Paul Veyne sobre la erótica y la poética de la antigüedad.

La idea de que todo discurso es un discurso sobre el cuerpo sigue siendo aplicada, en términos muy amplios, en el marco de los *cultural studies*<sup>44</sup>. Los estudios poscoloniales son la manifestación más acabada de sus hallazgos y posibilidades, al tiempo que constituyen los límites -también metodológicos y éticos- de esa exploración. ¿Qué conexiones pueden establecerse entre cuerpo, lenguaje y narrativas? ¿Cómo vienen los cuerpos a legitimar o a discutir las comunidades nacionales imaginadas, en los contextos coloniales y poscoloniales...? (los artículos de Brígida Pastor y Mayka de Castro ofrecerán aquí dos formas de abordaje de la cuestión). En la amalgama teórica de los estudios culturales y en su metodología interseccional, las diversas concepciones del cuerpo que confluyen dan cuenta, y a la vez son necesariamente deudoras, de las distintas concepciones de clase y estatus, de raza y etnicidad, de sexo o género, que sostengan y apliquen sus autores o autoras al objeto escogido, literario o cinematográfico, pintura o escultura, narración o performance<sup>45</sup>. Dos líneas ordenan mayoritariamente el conjunto: la que estudia el control de los cuerpos y la que persigue detectar su papel transgresor.

Fue en las décadas de 1970 y 1980 cuando se percibió en la literatura contemporánea la importancia del lenguaje corporal<sup>46</sup>, o lo que en términos menos

<sup>42</sup> HARAWAY, D. *Symians, Cyborgs, and Women. The Reinvention of Nature*, Londres, Routledge, 1991.

<sup>43</sup> LAQUEUR, T.: *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1994.

<sup>44</sup> Entre otros muchos títulos, MOI, T. (ed.): *French Feminist Thought: A Reader*, Oxford, Basil Blackwell, 1987; Para la convergencia y oposición entre feminismos y Foucault, véanse, por ejemplo, MCNAY, L.: *Foucault and Feminism: Power, Gender, and the Self*, Cambridge, Polity Press / Blackwell, 1992; RAMAZANOGLU, C.: *Up Against Foucault. Exploration of Some Tensions Between Foucault and Feminism*, Nueva York, Routledge, 1993.

<sup>45</sup> STOLCKE, V.: “O enigma das interseções: classe, ‘raça’, sexo, sexualidade. A formação dos impérios transatlânticos do século XVI ao XIX”, *Revista Estudos Feministas*, (14/1, 2006), pp. 15-42.

<sup>46</sup> Un ejemplo notable en la novela de la famosa y premiada Margaret Atwood *Bodily Harm*, de 1981.

corrientes, más académicos, se conoce como *comunicación no verbal*<sup>47</sup>. La crítica literaria se aplicó así a descifrar en la novela, el teatro o las artes<sup>48</sup> con ayuda de estrategias semióticas que buscaban leer los sistemas culturales de significación, los movimientos, actitudes y posturas del cuerpo, las miradas y los contactos visuales, la expresión facial, el tacto y la presencia en un espacio dado, abriendo de ese modo un puente permanente al tránsito interpretativo entre *ficción y realidad*. La plástica visual y la literatura de mayor consumo, el cine y la televisión, coadyuvan insistentemente a naturalizar la asimilación de esos gestos en la vida práctica y a interiorizar o apropiarse de sus significados por amplios colectivos. Así, el interés por el lenguaje del cuerpo, en especial del cuerpo *en movimiento*, se presentará como un aspecto del renacimiento *social* del propio cuerpo.

Concepciones teóricas se combinan con prácticas sociales, que ponen bajo sospecha la firmeza y el éxito (cierto que temporal) con que se recompusieron en la segunda posguerra los modelos vigentes de virilidad. Más allá del género, el pensamiento feminista sobre *la diferencia sexual* partiría del cuerpo forzosamente, aplicando dosis de *constructivismo* como antídoto al biologicismo dominante: “La diferencia de sexos depende de una interpretación social y cultural de las diferencias entre el cuerpo de los hombres y el de las mujeres”<sup>49</sup>. De una percepción como esta se siguen la fragilidad y el carácter relativo, cultural, de la divisoria entre los sexos masculino y femenino, pero también la aceptación de formas no binarias de identificación con el género asignado, y de variantes mixtas en la configuración sexual<sup>50</sup>, un reto a los modelos de virilidad que históricamente han prevalecido, inscritos en el orden patriarcal y por tanto jerárquicos y dominadores. Judith Butler, en su exitoso ensayo *Gender Trouble*, indaga en cómo experimentamos en la vida diaria la construcción “genderizada” de nuestro cuerpo; y, alertando de lo que ve como distorsión heterosexual de la percepción de género, introduce un parámetro perturbador de esa divisoria, aparentemente clara, que separa el cuerpo del varón del de la mujer; de manera que, poniendo el foco en la *mirada* (de ese enfoque tendremos una muestra en el artículo de Paula Martos), pone el acento en aquellas situaciones en las que no resulta fácil detectar a qué

<sup>47</sup> KORTE, B.: *Körpersprache in der Literatur. Theorie und Geschichte am Beispiel englischer Erzählprosa*, Tübingen und Basel, A. Francke Verlag, 1993. [Hay traducción al inglés: *Body Language in Literature (Theory / Culture)*, Toronto / Buffalo, University of Toronto Press, 1997].

<sup>48</sup> Desde “La elocuencia del cuerpo”, como se denominaba una exposición en la Albertina de Viena en 1992, hasta la rotulada “Mas allá” de Fernando Sánchez Castillo en la Sala 2 de Mayo de la CAM en Móstoles (Madrid), en este mismo año 2016, son muchos los ejemplos que podrían citarse.

<sup>49</sup> BOEHRINGER, S. y SEBILLOTTE CUCHET, V.: “Introduction”, en S. Boehringer y V. Sebillotte Cuchet (dirs.), *Hommes et femmes dans l'antiquité grecque et romaine. Le genre, méthode et documents*, Paris, 2011, p. 14.

<sup>50</sup> GREGORI FLOR, N.: “Utopías dicotómicas sobre los cuerpos sexuados”, *Arbor*, 189/763 (2013); Cleminson, R. y Medina, R.: “¿Mujer u hombre? Hermafroditismo, tecnologías médicas e identificación del sexo en España, 1860-1925”, *Dynamis*, 24 (2004).

género pertenece en realidad un cuerpo que *estamos viendo*. ¿Cuáles son pues las categorías con que “vemos”?, ¿qué ocurre cuando no conseguimos interpretar con seguridad el cuerpo que estamos viendo...? “La vacilación misma constituye la experiencia del cuerpo”, dice Butler. Este es el campo de exploración que el final del siglo XX exigía, y ya lo tenía delante: “un nuevo terreno para la teoría, necesariamente impuro, donde esta emerge en el acto mismo de la traducción cultural y como tal”<sup>51</sup>.

En ciertas historiografías los *cambios en la mirada* y en la representación de los sexos constituyen un foco privilegiado de atención<sup>52</sup>. Según sus cánones, el equilibrio de poder entre mujeres y varones se obliga a contar siempre con un margen de seguridad, una especie de garantía diferencial que preserve la desigualdad y la jerarquía: el varón, superior; la mujer, inferior y dependiente. Cuando ese equilibrio amenazara con romperse -como sucede a finales del XIX y principios del XX, años de desestabilización del género por el avance feminista-, irradiarían operaciones en las que ciencia y política, conjuntamente, conseguirían recomponer el estatus patriarcal y propiciar salidas, al menos temporales, al amenazante “desorden”<sup>53</sup>. Algún autor, como Michael S. Kimmel, ofrece elementos anteriores a ese período crítico, de generalización, para entender esa lógica perpetua. Y muestra cómo el lenguaje se acomoda a los cambios sociales y económicos, al objeto de restablecer ese equilibrio de la desigualdad y reabsorber la amenaza: en los Estados Unidos, en las primeras décadas del siglo XIX, la desestabilización se resolvió con una elaboración conceptual (*manhood*) que recoge los cambios en los patrones de familia y masculinidad, eclipsándose ese mismo concepto significativamente en el siguiente asalto, a finales de siglo, en que aparecería ya el término *masculinity*. El primero se oponía a *niñez* y adolescencia, reflejando la madurez

<sup>51</sup> BUTLER, J.: *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, Routledge, 1999 (2ª). Sobre esta edición se realizó la traducción al castellano: *El género en disputa. El feminismo y la suveranía de la identidad*. Barcelona, Paidós, 2007, pp. 27-28. “Mi intención [se refiere Butler a 1989, cuando terminó el libro] era rebatir los planteamientos que presuponían los límites y la corrección del género, y que limitaban su significado a las concepciones generalmente aceptadas de masculinidad y feminidad. Consideraba y sigo considerando que toda teoría feminista que limite el significado del género en las presuposiciones de su propia práctica, dicta normas de género excluyentes en el seno del feminismo, que con frecuencia tienen consecuencias homofóbicas.” (8, y 10 para la cita siguiente).

<sup>52</sup> CORBIN, A., COURTINE, J. J. y VIGARELLO, G. (eds.): *Historia del cuerpo*. vol.III: *Las mutaciones de la mirada. El siglo XX*, Madrid, Taurus, 2006. KALIFA, D.: “L’expérience, le désir et l’histoire. Alain Corbin ou le tournant culturel silencieux”, en *Alain Corbin and the writing of History*, French Politics, Culture & Society, vol. 22, nº 2, 2004, pp. 14-25. Un recorrido historiográfico detallado de los orígenes de la historia del cuerpo en Francia se halla en GALÁN, G.: “Aproximaciones a la historia del cuerpo como objeto de estudio histórico”, *Historia y Grafía*, 33 (2009), pp. 167-204.

<sup>53</sup> RAMOS, M. D.: “Mujeres modernas e identidades de género. Entre el segundo y el tercer sexo (1918-1936)”, en R. M. Ballesteros, C. A. Escudero y M. Postigo (eds.), *Voces consonantes feministas desde las Humanidades, las Ciencias Sociales y Experimentales*, Málaga, Atenea/Universidad de Málaga, 2014, pp. 73-103.

del varón, el acceso a la *hombria*; el segundo lo hará a *feminidad*<sup>54</sup>. Una explosión de pánico sexual se había hecho visible en la cultura entera.

Los cambios sociales de la década de 1960 en adelante, una vez difundidos a gran parte del mundo, hicieron ya más difícil la reconstrucción de aquel orden, perturbado de nuevo, pero no conllevarían su total desaparición. En los planos jurídico, económico, laboral e ideológico, en cuestiones de mentalidad en general, diferencias jerárquicas ancladas en el cuerpo siguen siendo visibles. El cuerpo femenino permanece, de manera unas veces violenta y otras muchas sutil, como el vértice de la concreción material de una arraigada (aunque ya no reivindicada como *natural*) superioridad del varón. Debilitado en Occidente desde entonces el orden simbólico de masculinidad ligado a la fuerza y a la agresividad, a través del cambio social y legal que propició la militante condena feminista<sup>55</sup>, otras ideas fuertes y sus logros, como la separación de sexualidad y reproducción, convergerían con el inicio de una más amplia aceptación social del cuerpo desnudo (Aurora Morcillo trata aquí el caso particular del “destape” en la transición española) y también, poco a poco, de la homosexualidad<sup>56</sup>. El formidable combate afectaba a un modelo de comportamiento social que había pervivido incólume durante siglos, solo mínimamente cuestionado por las primeras feministas (ilustradas o liberales primero, anarquistas sobre todo después) y por algún varón; un modelo de comportamiento sistemáticamente deudor de esa necesidad de *demonstración* de fortalezas y superioridades por parte de los varones, que el reparto de género les habría asignado y a cuya resistencia o vacilación respondería la construcción de

<sup>54</sup> KIMMEL, M. S.: “Consuming Manhood: The Feminization of American Culture and the Recreation of the Male Body, 1832-1920”, en L. Goldstein (ed.), *The Male Body: Features, Destinies, Exposures*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1994, pp. 12 y ss. Kimmel recorre el tránsito de una “cultura de producción”, de la del primer tercio del siglo XIX norteamericano, a una “cultura de consumo” en las últimas décadas, correspondiendo ambas nociones de masculinidad a cada uno de esos periodos, el segundo ya claramente definido por identidades de género.

<sup>55</sup> Un recorrido muy completo por las principales teóricas y sus enfoques, en HEKMAN, S.: *The Feminine Subject*, Cambridge, Polity Press, 2014.

<sup>56</sup> La posición de Luce Irigaray es significativa: “En tanto que mujeres, nosotras engendramos hijos. ¿Existe algo más extraordinario que la realización de la vida, corporal y espiritual? Esta creación que nos ha sido reservada es de tal forma maravillosa que cualquier otra obra parece secundaria a su lado, incluida la propia educación de los hijos. Sin embargo, esta obra prodigiosa de las mujeres ha sido transformada en el deber de procrear, de forma muy especial de procrear hijos varones. Las mayores creadoras del universo, las mujeres, se han convertido así en esclavas al servicio de la reproducción del orden social masculino. De la gloria de su obra maestra a menudo no ven más que el dolor del ‘esfuerzo’ que supone parir y las fatigas de la maternidad. A ello se añade que el orden social patriarcal las ha reducido a lo que se conoce como procreación, prohibiéndoles o haciéndoles imposible toda otra forma de crear. Respecto al parto, nuestra época confunde la belleza del acto con la definición del mismo dentro de una cultura intramasculina, donde las mujeres han dejado de tener el derecho reconocido a engendrar valores espirituales.” (IRIGARAY, L.: “¿Cómo crear una belleza nuestra?” [marzo de 1988], en *Yo, tú, nosotras*, Madrid, Cátedra/Universidad de Valencia, 1992, cit. En pp. 104-105).

*fantasías*<sup>57</sup>. La desaparición completa de ese orden simbólico, de fuerte impacto sobre la conducta y autorrepresentación de los cuerpos dista, a pesar de esas modulaciones, de avistarse.

Las feministas de la *diferencia sexual* entendieron que era clave reelaborar la relación de las mujeres con su propio cuerpo, con las relaciones familiares y el trabajo doméstico, que dejarían de ser vistos como periféricos o secundarios, y que incluso podrían verse como *ventaja*. . . Luisa Muraro lo expresa emotiva, y accesible a todos: “El ser mujer es un privilegio, no distinto de los que daba el nacer noble en las sociedades aristocráticas, [una grandeza] que viene hacia ti entre las cosas ordinarias de la vida y llega hasta las más extraordinarias”<sup>58</sup>. Ni la inferioridad económica ni la exclusión de derechos políticos tendrían tanta importancia para la mujer como el cuerpo; y el propio cuerpo sería el documento principal para la historia de las mujeres -vuelvo a Muraro-, “cuerpo viviente”, rico en información por la experiencia biológica específica que porta<sup>59</sup>. De ahí la revitalización del análisis corporal de las historias médicas con la inyección de la *diferencia* y los “relatos de transformación” que recoge el concepto de *experiencia*<sup>60</sup>: el embarazo, el parto, la maternidad o la lactancia, el cuidado de los hijos y la vida en general; pero también, del otro lado, la actuación sanitaria y la mirada médica sobre esos procesos, “el cuerpo de la mujer como un lugar público”, en expresión de la alemana Barbara Duden<sup>61</sup>.

Lo masculino en el pensamiento occidental lo había definido la filosofía griega desde Platón, pero según Sylviane Agacinski, con un significado diferente al de la filosofía moderna: “Los géneros masculino y femenino en la filosofía antigua”, escribe, “son categorías muy amplias, ontológicas, morales, cosmológicas o físicas,

<sup>57</sup> Extraordinaria aplicación al caso del nazismo, en THEWELEIT, K.: *Männerphantasien*. vol.I: *Frauen, Fluten, Körper, Geschichte*, Basilea, Verlag Roter Stern, 1977. [Traducción al inglés: *Male Fantasies, vol.1: Women, Floods, Bodies, History*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987].

<sup>58</sup> MURARO, L.: *La indecible suerte de ser mujer*, Traducción de M. Milagros Rivera. Madrid, Narcea, 2013, pp. 14-15. Las mujeres, dice Muraro, estarían “comprometidas con otro-lugar / otra-manera” de conducirse en la vida práctica y política, en un ejercicio de saberes y experiencias en las que se construye la subjetividad.

<sup>59</sup> MURARO, L.: *ibidem*, pp. 84 y ss.

<sup>60</sup> “Il sintagma ‘pensiero dell’esperienza’ è il nome filosofico”, escriben A. Butarelli y F. Giardini, “che si può dare ad ogni *racconto di trasformazione*, grazie alla relazione con la realtà e con qui la ascolta e ci aiuta a correggerla, a calibrarla, a verificarla. Questo significa che abbiamo trovato un modo adeguato per indicare un processo di pensiero che accompagna l’evento del *di più* e dell’*oltre* nella vita umana”, BUTTARELLI, A. y GIARDINI, F. (a cura di): *Il pensiero dell’esperienza*, Milán, Baldini Castoldi Dalai editore, 2008, cit. en p. 14, introducción.

<sup>61</sup> Con una obra que abrió perspectivas nuevas, DUDEN, B.: *Der Frauenleib als öffentlicher Ort. Vom Missbrauch des Begriffs Leben*, Hamburgo, Luchterhand, 1991; *Die Gene im Kopf - der Fötus im Bauch. Historisches zum Frauenkörper*, Hannover, Offizin, 2002; *Geschichte unter der Haut. Ein Eisenacher Arzt und seine Patientinnen um 1730*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1987.

que contribuyen a definir la alteridad sexual”<sup>62</sup>. De ahí llegarán esas categorías a la teología cristiana, donde masculino y femenino forman la oposición de lo celestial y lo terrenal, lo espiritual y lo carnal. El cuerpo de la mujer se sitúa en el centro de esa dualidad. La misoginia, amparada y propiciada por la Iglesia católica, culminante en un proceso politicosocial como es la caza de brujas, será, en la interpretación de Silvia Federici, el epicentro de una contagiosa *expropiación social* (expropiación en serie del cuerpo de la mujer y su capacidad reproductiva). Una expropiación que generó además una fuerte alienación psicológica en los varones, extremadamente sensibles a la terrible propaganda que reforzó su temor al poder femenino<sup>63</sup>. Federici discrepa así de una historia de la sexualidad cuyo sujeto es aparentemente neutro o indiferenciado, como critica en Foucault, que vería el sexo “como una actividad que tiene las mismas consecuencias para hombres que para mujeres”.

Los cánones de la perfección corporal masculina hallan su acmé en la cultura nazi, trasunto de una virilidad imaginaria inspirada -como recuerdan G. Mosse o J. Chapoutot- en el redescubrimiento idealizado del arte antiguo y en la exaltación entusiasta de Winckelmann, que establecería un modelo de masculinidad exacerbada, percibida sin embargo como “segura y serena, física, y a la vez ética”<sup>64</sup>. Se crea en ese marco, dice Mosse, “un ideal masculino propio de la modernidad, fecundado por el arte y la virtud antigua”; un ideal en el que “el canon estético y la reflexión moral actúan en sinergia con la medicina y con la higiene que se están desarrollando en esa época, y que ambicionan sanar, mejorar y esculpir el cuerpo”. Un proceso complejo pero de aparente sencillez, que da lugar a “una semiología de la apariencia física que se propone leer en los cuerpos y los rostros como en un libro abierto, para inferir de ellos un juicio de orden general sobre la totalidad del individuo, realizando una estricta reducción de lo psicológico a lo físico a partir de la confusión, reivindicada y asumida, de las categorías estéticas

<sup>62</sup> “Platón no es de esos filósofos que ocultan su masculinidad. Por el contrario, habla abiertamente como hombre y se refiere, en muchos textos, a la identidad varonil del interlocutor. Pero no es para tener en cuenta el sexo en el discurso”, pues Platón “no discierne la parte de lo masculino en su pensamiento. Sitúa al hombre del lado del pensamiento, de la contemplación, de la reflexión, y relaciona naturalmente la filosofía con el hombre y el hombre con la filosofía. Ya en él lo masculino es un “género” que se define menos por su relación con lo femenino que por su capacidad de alzarse por encima de la dualidad sexual” (AGACINSKI, S. *Metafísica de los sexos. Masculino/Femenino en las fuentes del cristianismo*, Madrid, Akal, 2007, pp. 5-6).

<sup>63</sup> FEDERICI, S.: *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015 (5ª), p. 237: “La caza de brujas fue también instrumental a la construcción de un orden patriarcal en el que los cuerpos de las mujeres, su trabajo, sus poderes sexuales y reproductivos fueron colocados bajo el control del Estado y transformados en recursos económicos”. La segunda cita, en 268.

<sup>64</sup> MOSSE, G. L.: *La imagen del hombre. La creación de la masculinidad moderna*, Madrid, Talasa, 2001 [original en inglés, Oxford U.Press, 1996], y CHAPOUTOT, J.: *El nacionalsocialismo y la antigüedad*, Madrid, Abada, 2013, pp. 212-213.

y éticas”. Ideal estético acusadamente *virilizante*<sup>65</sup>, que caló con fuerza en los movimientos juveniles anteriores a la I Guerra Mundial y que se refleja en los monumentos a los caídos<sup>66</sup>.

El cuerpo es, claro está, el lugar del placer, pero también del dolor. El concepto de “cuerpo vivido” de Elizabeth Grosz —denunciando, como otras feministas, que el cuerpo del que hablan los “teóricos de la escuela francesa” es *masculino* solamente, como si fuera *neutro*—<sup>67</sup>, recorre los lugares específicos de sufrimiento biológico de la mujer, también ambivalentes en el disfrute específico (menstruación, embarazo, parto, lactancia, menopausia...), lugares y situaciones que deben ser leídos, interpretados, en un contexto sociocultural determinado, como sostienen igualmente Butler y Bordo. Judith Butler, además, resalta la condición corpórea de la subjetividad, insistiendo en que el cuerpo “es mortalidad, vulnerabilidad, fragilidad, heteronomía y ambigüedad”. Claramente influida por la filosofía de E. Levinas, escribe que “la piel, la carne, los sentidos, la memoria, el deseo, todo ello nos expone, nos saca de nosotros mismos y nos pone frente al otro. Por eso *el cuerpo no es del todo nuestro, no es algo privado sino público. Mi vida está implicada en otras vidas*”<sup>68</sup>. Más ampliamente, la huella que deja el sufrimiento traumático en el cuerpo (lo recordaba entre nosotros el psicólogo e historiador de la memoria José M. Ruiz-Vargas) es más locuaz, en muchas ocasiones, que la propia narración de la víctima, y puede concretarse en una asunción del cuerpo, propio o ajeno, como lugar de justicia o venganza<sup>69</sup>.

Pero las cosas no se agotan ahí, y es imposible aquí cerrarlas todas, ni siquiera enunciarlas. El reconocimiento de la intersexualidad, de un tercer sexo o sus variantes<sup>70</sup>, así como el afianzamiento de las políticas transexuales apoyadas en el concepto de “transgénero”, abren cada día nuevas posibilidades de comprender, en la delgada línea que separa la teoría de la acción, “la variabilidad y la contingencia, a través del tiempo y del espacio, de cómo se interrelacionan cuestiones

<sup>65</sup> Me permito la licencia de darle un sentido sociológico al término que, obviamente, no tiene en castellano. En italiano en cambio sí existe “virilismo” como sinónimo de masculinidad (social y cultural) extrema y exacerbada, en tanto que en castellano “virilización” solo corresponde, médicamente hablando, a la adquisición por la mujer de caracteres sexuales masculinos.

<sup>66</sup> MOSSE, G. L.: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, N.York / Oxford, Oxford University Press, 1990, y JEISMANN, M. y KOSELLECK, R.: *Der politische Totenkult. Kriegerdenkmäler in der Moderne*, Munich, Fink, 1994.

<sup>67</sup> GROSZ, E.: *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism (Theories of Representation and Difference)*, Bloomington / Indianapolis, Indiana University Press, 1994.

<sup>68</sup> BUTLER, J. *Prearious Life. The Powers of Mourning and Violence*, Londres / Nueva York, Verso, 2004, p. 12.

<sup>69</sup> RUIZ-VARGAS, J. M.: “Trauma y memoria de la Guerra Civil y de la dictadura franquista”, *Hispania Nova*, 6 (2006).

<sup>70</sup> FAUSTO-STERLING, A.: *Sexing the Body. Gender Politics and the Construction of Sexuality*, Nueva York, Basic Books, 2000.

como el sexo biológico, los roles sociales, la identidad de género psicológica, la expresión de género, los estatus de parentesco o las categorías administrativas de lo humano, y afirman que todas estas categorías no son ni naturales ni innatas, sino que están producidas sociopolíticamente”<sup>71</sup>. *Desbacer el género*, como propuso J. Butler en su empeño teórico contra el imperio de la heterosexualidad (normativa) existente en las ciencias sociales, implica considerar (y aceptar con firmeza en la práctica) una noción de *humanidad* más amplia y más flexible, definida por el deseo universal de *reconocimiento* personal, una aspiración en la que los derechos sexuales desempeñen un papel central<sup>72</sup>.

El feminismo lesbiano y la teoría *queer* —haré solo una breve mención para ir concluyendo—, girarán necesariamente sobre el cuerpo, como ya puso de relieve Butler en *Cuerpos que importan*<sup>73</sup>. Es cierto que la posibilidad teórica de leer el cuerpo de las mujeres la había abierto, más de un siglo antes, Sigmund Freud, pero en el pensamiento poscolonial y *queer* se contiene un horizonte nuevo, un marco en el que es posible trascender la importancia de aquel descubrimiento sin negarlo<sup>74</sup>: “Sé cosas más antiguas que Freud, más antiguas que el género”, escribió la feminista chicana Gloria Anzaldúa. “Como los antiguos olmecas, sé que la Tierra es una serpiente enroscada. Cuarenta años me ha tomado entrar en la Serpiente, reconocer que tengo un cuerpo y asumir el cuerpo animal, el alma animal...” Desde la posición reivindicativa de lo propio, *étnicamente* identitario en su cultura mestiza, Anzaldúa se rebela y revela: “Las religiones católica y protestante fomentan el miedo y la desconfianza hacia la vida y hacia el cuerpo; fomentan la separación entre el cuerpo y el espíritu (...) Se nos enseña que el cuerpo es un animal ignorante, que la inteligencia reside solo en la cabeza. Pero

<sup>71</sup> STRYKER, S.: “Prólogo”, en P. Galofre y M. Missé (eds.), *Políticas trans. Una antología de textos desde los estudios trans norteamericanos*, Barcelona / Madrid, Editorial Egales, 2015, p. 11. El texto de referencia principal para seguir la historia *trans* en los Estados Unidos, de la propia Susan Stryker, *Transgender History* (Berkeley, Seal Press, 2008), aborda en toda su extensión el potencial político de un concepto y una praxis social que, en la amplia acepción del texto, “uses ‘transgender’ to refer to the widest imaginable range of gender-variant practices and identities” (cita en 19).

<sup>72</sup> “I have tried here”, escribe BUTLER, J.: *Undoing Gender*, Londres/Nueva York, Routledge, 2004, p. 33, “to argue that our very sense of personhood is linked to the desire for recognition, and that desire places us outside ourselves, in a realm of social norms that we do not fully choose, but that provides the horizon and the resource for any sense of choice that we have. *This means that the ec-static character of our existence is essential to the possibility of persisting as human.*” [énfasis en el original].

<sup>73</sup> PLUMMER, K.: “Queer, Bodies, and Postmodern Sexualities: A Note of Revisiting the “Sexual” in Symbolic Interactionism” en <https://kenplummer.com/publications/selected-writings-2/queer-bodies-and-postmodern-sexualities/>; DECECCO, J. y ATKINS, D.: *Looking Queer: Body Image and Identity in Lesbian, Bisexual, Gay, and Transgender Communities*, Nueva York, Routledge, 2012; LEWIS, H.: *The Politics of Everybody: Feminis, Queer Theory, and Marxism at the Intersection*, Londres, Zed Books, 2016.

<sup>74</sup> AHMED, S.: *Queer Phenomenology. Orientations, Objects, Others*, Durham/Londres, Duke University Press, 2006; ROMANOW, R. F.: *The Postcolonial Body in Queer Space and Time*. Newcastle, Cambridge Scholars Publishers, 2008.

el cuerpo es inteligente. No distingue entre estímulos externos y estímulos de la imaginación. Reacciona de forma igualmente visceral a eventos de la imaginación y a eventos *reales*<sup>75</sup>. De un magma efervescente como este vienen consignas como aquella, punzante, del feminismo latino radical: “Somos las nietas de todas las brujas que no pudisteis quemar”. Mujeres que reclaman su derecho a rescatar los antiguos saberes sobre plantas y remedios, imaginando, en su solidaridad con otras mujeres, formas de relación que potencien sus relatos, únicos e insustituibles relatos de experiencia<sup>76</sup>... Algo similar habrían hecho, visibilizándose desde antes también, las formas diferentes del feminismo negro, el capítulo más importante sin duda, tanto desde el punto de vista teórico como literario<sup>77</sup>, de los feminismos de “tercera ola” y su honda enseñanza sobre subalternidades<sup>78</sup>.

Por eso importaría volver al recordatorio de Touraine acerca de que la modernidad aporta liberación de conciencia, libertad personal y autonomía del sujeto, sin resistirse o negar esa fuerza de arrastre con que el posmodernismo exhibe su facilidad para la representación estética de formas de sexualidad diferentes, no mayoritarias<sup>79</sup>. Por lo demás, es obvio que las transformaciones y desarrollos tecnológicos, cada día más sorprendentes, impactan fuertemente sobre la relación entre cuerpo e identidad<sup>80</sup>. Las nuevas tecnologías, lo mismo en el plano individual que institucional, se aplican sin cesar “a crear, reforzar y reescribir” las identidades de género que invisten a los cuerpos y les otorgan sus significaciones<sup>81</sup>. Cobran sentido, renovado y extenso, las conocidas en términos amplios como *modificaciones*

<sup>75</sup> ANZALDÚA, G.: *Borderlands/La frontera: La nueva mestiza*, Madrid, Capitán Swing, 2016, citas en pp. 69 y 84. Ver también MORAGAS, C. y ANZALDÚA, G.: *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, Nueva York, SUNY Press, 2015 (4ª) [otras ediciones desde 1981].

<sup>76</sup> Similar recopilación de experiencias autobiográficas queer puede seguirse, por ejemplo, en NESTLE, J., HOWELL, C. y WILCHINS, R. (eds.): *GenderQueer. Voices From Beyond the Sexual Binary*, Los Angeles/ Nueva York, Alyson Books, 2002; y una reflexión sobre su potencial teórico, en ROOKE, A.: “Telling Trans Stories. (Un)doing the Science of Sex”, en S. Hines y Tam Sanger (eds.), *Transgender Identities. Towards a Social Analysis of Gender Diversity*, Nueva York, Routledge, 2010, pp. 64-86.

<sup>77</sup> BAZEMORE, C. D.: “The Between Story: Physical and Psychic Trauma in the Poetry of Sonia Sanchez and Lucille Clifton”, *Culture & History Digital Journal*, 2(2), e030. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/chdj.2030.030>

<sup>78</sup> COLLINS, P. H.: *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness, and Politics of Empowerment*, Nueva York/Londres, Routledge, 2000 (2ª); JABARDO, M. (ed.): *Feminismos negros. Una antología*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013; ARYA, R.: “Black Feminism in the Academy”, en *Equality, Diversity, and Inclusion. An International Journal*, 31 (5/6) (junio 2012), pp. 556-572.

<sup>79</sup> Ver por ejemplo el capítulo “Technotopias. Representing transgender bodies in contemporary art”, en J. Halberstam, *In a Queer Time and Place. Transgender Bodies, Subcultural Lives*. Nueva York, New York University Press, 2005, pp. 97-124.

<sup>80</sup> SHAPIRO, E.: *Gender Circuits. Bodies and Identities in a Technological Age*, Nueva York/Londres, Routledge, 2010.

<sup>81</sup> CARTWRIGHT, L.: *Screening the Body. Tracing Medicine's Visual Culture*. Minneapolis, University of Minnesota, 1995; MACINNES, J.: *The End of Masculinity: The Confusion of Sexual Genesis and Sexual Difference in Modern Society*, Filadelfia, Open University Press, 1998.

corporales (el *tatuaje*, el *piercing*, el *branding* y el *cutting*, pero también las actividades de *fitness* y de *wellness* o las prótesis subcutáneas y las prácticas anómalas de alimentación)<sup>82</sup>. El caso del *tattoo* resulta especialmente relevante para abordar los cambios en el concepto de masculinidad: de ser un identificador masculinizante y de clase, blanco y de fraternidad restringida, el tatuaje trasciende desde hace décadas las fronteras del género, la clase y la etnicidad en un contexto general de masculinidades desdibujadas o en transformación, cambios que afectarían sobre todo al varón blanco.<sup>83</sup> Actualmente, en razón de esos cambios y de sus efectos derivados, la lectura del cuerpo se entiende como un conjunto de esfuerzos, sin duda parciales y fragmentarios, pero relacionados entre sí, de dotar de sentido a las complejidades de la vida social<sup>84</sup>.

Los estudios aquí reunidos exploran diversas facetas de las muchas que ofrece el análisis contemporáneo del cuerpo, de *los cuerpos* (masculinos o femeninos, sujetos a cánones de belleza o transgresores, jóvenes o viejos, de cualquier color, performados, deshumanizados...), y versan sobre la escritura de esos cuerpos y los lenguajes que los expresan y simbolizan. Una historia, por tanto, que ahora ya no podemos decir que “acaba de empezar”, como hacía Jean-Jacques Courtine hace unas cuantas décadas, sino que se halla plenamente asentada en muchas historiografías y ámbitos sociocientíficos. El nexo que une los textos que presentamos hemos querido establecerlo, para proporcionarle una cierta unidad, en la variedad de fuentes disponibles para estudiar las representaciones históricas, potenciando el trabajo sobre esas fuentes desde una perspectiva que por fuerza será multidisciplinar.

Se ofrecen dos estudios a partir de imágenes: Beatriz Pichel estudia la lectura del cuerpo enfermo (leído como “patológico”) a través de la fotografía médica francesa del siglo XIX, insistiendo en las cautelas metodológicas a aplicar a la variedad y desigualdad de miradas (de consecuencias diversas, tanto visual como clínicamente), no independiente de condicionantes formales. En la toma de fotografías de mujeres diagnosticadas de histeria, Pichel incide en su naturaleza relacional y contextual: al estar presente el sujeto fotografiado, se produciría una toma de conciencia activa de la interacción en la que su cuerpo (o una parte de él, el rostro en primer término) constituye el objeto principal, sin dejar de atender a

<sup>82</sup> ORTEGA, F.: *El cuerpo incierto. Corporeidad, tecnologías médicas y cultura contemporánea*, Madrid, CSIC, 2010.

<sup>83</sup> KIMMEL, M. S.: “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Flacso Chile, Ediciones de las Mujeres, 1997 [el texto en inglés, de 1994]; ROBINSON, S.: *Marked Man: White Masculinity in Crisis*, Nueva York, Columbia University Press, 2000. Un conjunto variado de estudios, desde una perspectiva multidisciplinar, en RUSPINI, E. (a cura di): *Uomini e corpi. Una riflessione sui rivestimenti della mascolinità*, Prefacio de Paolo Jedlowski. Milán, FrancoAngeli, 2011.

<sup>84</sup> Un panorama general en RAHMAN, M. y JACKSON, S.: *Gender and Sexuality*, Cambridge, Polity Press, 2010.

otros cuerpos y a otros objetos. A su vez Paula Martos, también desde la lectura de la imagen, se enfrenta con el desnudo de mujeres recuperado en la fotografía de los campos de concentración liberados (en concreto Bergen-Belsen), interpretándolo como una forma de sancionar –desde la mirada del espectador– el *pathos* del horror y el sufrimiento, corporal y moral, de las víctimas. Repasa las estrategias narrativas, no siempre coherentes ni uniformes, de las impactantes imágenes que muestra, y refleja las dudas y contradicciones que se desprenden de una mirada a la que turba y desconcierta la desaparición de las notas de género usuales en el cuerpo femenino, humillado y desnudo. El cuerpo “degenerado” tiene así, en su trabajo, el doble sentido de cuerpo violentado y torturado, pero también “deshumanizado”, despojado de una cobertura social tan potente que, al ser erosionada, arrastrará con ella incluso la aparente seguridad del sexo poseído.

Siguen otros dos estudios, de Ana Simón Alegre y de Mayka de Castro respectivamente, en los que ambas autoras abordan aspectos diversos de la masculinidad y las estrategias políticas que implican y utilizan el cuerpo del varón. En los cuarteles de la Restauración española, como ve Ana Simón, el recluta será socializado no solo en los patrones de la correcta masculinidad sino en las categorías propias de la ciudadanía, tal y como se habría concebido por la medicina militar y los cuadros castrenses. En la Guinea española, por su parte, la mirada (real o imaginada) del blanco que se estima superior sobre el cuerpo negro, extraída de fuentes literarias y explorada por una estrategia interseccional por Mayka de Castro, contribuye a explicar las formas de masculinidad dominantes en la Península, donde se habría optado por el modelo patriarcal predominantemente no fascista, que sería reforzado en su aspecto virilizante y agresivo en el marco del horizonte colonial.

De nuevo mediante el uso de fuentes literarias, Brígida Pastor analiza dos formas distintas de sentir el cuerpo y la corporeidad, siendo diferentes las experiencias sexuales en su base, así como la identidad y el contexto político y temporal de dos conocidas autoras latinoamericanas, dos mujeres que escriben y publican sus textos rompiendo la barrera entre privacidad y espacio público, y partiendo del cuerpo como sinónimo de totalidad: la argentina Alejandra Pizarnik y la cubana Zoé Valdés. Para finalizar, incluimos un escrito de Aurora Morcillo que parte de la explosión de desnudos en los medios y la cultura de la transición española a la democracia (el *destape*) para exponer una interpretación que, lejos de significar aquella situación y esa tendencia como liberadoras y progresistas (símbolos de libertad y liberalización política y moral, de un pueblo que sale de la dictadura), supondría el arraigo en las más hondas capas sociológicas, traídas a la luz por ciertos intelectuales, de un sexismo y una misoginia que habrían sin embargo de recibir aplauso generalizado; un persistir de raíces profundas que solo el feminismo de aquel momento, tan olvidado a veces en sus operaciones más concretas, habría venido ocasionalmente a cuestionar.